



AÑO XXI.—NÚM. 6146

5 DE DICIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Lunes 5 de Diciembre de 1881.

AMADEO LE FAURE.

Acaba de morir en Paris, al regresar de una expedición á Túnez, el tipo más acabado del verdadero «reporter».

Amadeo Le Faure, que ha fallecido siendo diputado y hombre político importante, continuaba siendo el periodista activo de siempre, á pesar de la posición que tan valiente y laboriosamente había conquistado. La muerte ha venido brutalmente á aniquilar sus nuevas ambiciones y sus esperanzas. Su muerte ha sido como la del soldado, pues el nuevo diputado había querido hacer personalmente una información sobre la guerra de Túnez, como ántes la había hecho el periodista sobre la guerra franco-alemana.

Durante aquel desastre, tan terrible para la Francia, era Amadeo Le Faure un simple «reporter», que remitía noticias á siete ú ocho periódicos á la vez. Escribía, y escribía sin cesar, y en sus escasos momentos de ocio formulaba planes de campaña, ménos malos indudablemente que los de ciertos generales. Era un robusto muchachon, rubio, hablador, pero que no parecía destinado á desempeñar un papel preponderante en la política.

No podía más que ganarse la vida con su pluma, y para conseguirlo multiplicaba las correspondencias que dirigía á los diarios. ¿A cuántos? Al «Soir» al «Journal des Debats», al «Paris Journal», al «National» y á la «Opinion Nationale.» Posteriormente ha coleccionado gran número de estas correspondencias en un tomo titulado «En las avanzadas.» Sus «Cartas» de la guerra llamaron la atención sobre él, y de aquella época de su vida data su afición y su conocimiento de las cosas militares, que se puso á estudiar bajo las órdenes de uno de los oficiales más distinguidos del ejército francés.

Una de las cartas de Le Faure sobre la campaña del Rhin, convertida en campaña de Francia, hizo sensación. Es una en que relata su regreso á Metz, en una locomotora Grampton durante la noche del 6 al 7 de Agosto que siguió á la batalla de Forbach. En la plataforma de la locomotora, lanzada como al azar en el seno de la noche, llevaba Amadeo Le Faure por compañeros al fogonero de la máquina y á M. Alfredo d'Aunay, redactor del «Figaro.»

«A las seis de la mañana, dice, llegamos á Metz; nuestro primer cuidado es dirigirnos al cuartel general; todo duerme en el «Hotel de l'Europe.»

Triunfamos por fin de la resisten-

cia de los ordenanzas, y somos introducidos, cubiertos de sangre y lofo en el salon del mariscal Lebaeuf. En un instante se puso todo en movimiento y en alarma, «porque nadie, sabia aún ni una palabra de la derrota.» Veinte oficiales se agolpaban al rededor nuestro, acosándonos con mil preguntas. Sobre la mesa se halla extendido un plano, nos esforzamos en explicar nuestra marcha, indicar el camino seguido y no podemos conseguirlo. «El plano es inexacto.» ¡Es preciso que corriamos en un pedazo de papel todos los errores, y aquel mapa es del Estado mayor! Todo en esta siniestra noche es inverosímil é imposible.

«El jefe de Estado mayor del mariscal Lebaeuf, que nos ha escuchado hasta el fin, nos hace esta última pregunta:

«¿Sabéis en dónde está Bazaine?

«Dudamos un instante de nuestra razón. ¡Cómo! ¿Se duerme en este hotel en donde todo debe combinarse, se descansa tranquilamente, dando por terminado el trabajo, y no se sabe donde se hallan las divisiones, los cuerpos de ejército, los mariscales!»

Amadeo Le Faure, termina su conmovedora y terrible carta con esta anécdota:

«Encuentro en la granja de un labrador un oficial de línea herido. A mi vista, se incorpora. Cuando le dije quién era, me cogió la mano, su vista se reanimó, su voz se hizo vibrante.

—¡Caballero,—me dijo,—tengo un servicio que pedir, servicio inmenso! ¡Juradme que hareis lo que voy á decir!»

—¡Os juro por mi honor que lo haré!

—¡Pues bien, escribid que el teniente B..., si la bala que le ha atravesado el pecho no le mata, levantará la tapa de los sesos al hombre que nos ha vendido!»

Y el futuro escritor milita, añadia:

«¡Que se llame Trochu ó Changarnier, Bourbaki ó Bazaine, nos hace falta un hombre, «con ó sin entorchados,» simple alférez ó mariscal de Francia, que enseñe á nuestros soldados cómo se marcha hácia adelante y no cómo se retrocede!»

Trochu, Changarnier, Bourbaki ó Bazaine, debían mandar sucesivamente... y retroceder.

Lo que decia Amadeo Le Faure, se ha oido pedir diez años más tarde en alta voz por oficiales de caballería, en Saint-Germain en Laye el día de la inauguración de la estatua de Thiers.

«Lo que nos haria falta,—decían algunos militares,—es un ministro de la Guerra con gabán, por ejemplo, Amadeo Le Faure!»

Si; ese «reporter» de la guerra de

1870, qué escribía sobre sus rodillas cuatro ó cinco correspondencias á la vez, habia inspirado tanta confianza á los soldados, que algunos le pedian como ministro de la Guerra.

MARINA.

—o—

Resoluciones tomadas por este Ministerio.

Concesiones: Dos meses de licencia por enfermo al teniente de navio D. Manuel Triana.

Destinos: que quede sin efecto el destino á la escuadra de instrucción del teniente de navio D. Pedro Valderrama, y que continúe agregado á la sección personal del ministerio del ramo; al apostadero de la Habana el teniente de navio D. Eduardo Navarro y Cañizares; al aviso «Velasco» los alféreces de navio don Joaquin Anglada y D. Francisco Gomez Aguado; al departamento de Ferrol el segundo contramaestre Francisco Garcia Pita al apostadero de Filipinas el tercer contramaestre Maximino Gonzalez.

Concesiones: La graduación de alférez de fragata al segundo contramaestre D. Juan Pons, á don José Maria Lopez de Villamil y á D. José Antonio de Garcia.

CRONICA.

Notable fué anoche la representación llevada á cabo en el teatro principal, con el objeto de allegar recursos para la terminación de las obras, que se están ejecutando en la casa de la Sociedad de Amigos del pais, de esta ciudad.

Una numerosa y escogida concurrencia ocupaba todas las localidades.

Nuestras bellas paisanas, luciendo elegantes trages con la distinción y gracia que les caracteriza, contribuian á hermosear el salón, en el que aparecian como otras tantas flores de delicado matiz y esquisito aroma.

Comenzó la función por la sinfonía de «Juana de Arco» perfectamente interpretada por la orquesta del teatro, dirigida por el Sr. Manzano.

En la representación de la comedia en un acto «La fé perdida» obtuvo bastantes aplausos la compañía que dirige el Sr. Lopez de la Parra.

Las lindas y simpáticas hijas de nuestro amigo D. Juan Miguel Lopez, doña Ana y doña Rosario, luciendo unos magníficos y elegantes trages, de seda color rosa la primera y blanco la segunda, ejecutaron, de un modo admirable, en unión del estudioso jóven Sr. Ravay, el duettino de Rossini para violín y piano «Mira la blanca luna.»

El público colmó de aplausos á los inteligentes ejecutantes, llamándoles

tres veces á la escena, la que se cubrió de flores y palomas.

En la «Oración de los Bardos» de Godefroid, nos probó la Srta. doña Ana Lopez, lo mucho que domina el piano, en el que puede ser considerada como una notable concertista dada su brillante manera de ejecutar y su perfecto gusto.

El público tributó á la Srta. Lopez, prolongados y justísimos aplausos.

En las variaciones de clarinete, sobre motivos de «Lucrecia Borgia» se distinguió el músico D. Fernando Coveño, así como toda la banda del regimiento de Málaga, bajo la acertada dirección del maestro Sr. Zamorra.

Los aplausos fueron numerosos y reiterados.

«La Cacería de Baden Baden» recibió la misma esmerada y delicadísima interpretación, que, ya en otras ocasiones ha obtenido, bajo la inteligente batuta del maestro Sr. Albajés.

También las manifestaciones del aplauso del público, fueron muchas y espontáneas.

En la fantasía brillante para violín y piano sobre motivos de «Guillermo Tell» rayaron á gran altura la señorita doña Ana Lopez y el Sr. Ravay. Este jóven artista puede considerarse como un profesor en el violín, siendo una legítima esperanza y honrando ya á su maestro D. Manuel Rodriguez, á quien de todas veras felicitamos, por el triunfo obtenido anoche por su discípulo.

Al terminar la fantasía, el público rompió en aplausos unánimes, llamando cinco veces á la escena á la Srta. Lopez y al Sr. Ravay. Aunque también se llamó con insistencia, al maestro Sr. Rodriguez, éste tuvo la modestia de no presentarse.

La tercera parte de la función la constituia la gran pieza musical «La batalla de los Castillejos» en la cual tomaron parte las bandas de infantería de marina, la de la escuadra de instrucción, del regimiento de Guadalejara, del regimiento de Málaga y orquesta del teatro, con un total, de cerca de 200 músicos.

La esmeradísima y muy inteligente dirección del Sr. Rodriguez, llevó tal masa instrumental, con el acierto, afinación y gusto, de que tantas pruebas tiene dadas el distinguido maestro.

El público oyó con religioso silencio tan notable composición manifestando al final, con sus reiterados aplausos, el gusto con que habia sido oida y la perfecta ejecución, que habia alcanzado.

Para resumir, una velada agradable, un recuerdo duradero de tan notable función, y el sentimiento de que no se repitan, con más frecuencia, contando como contamos